



A MI VIEJO AMIGO, EL CÁNCER

Llegaste a mi casa sin llamar a la puerta.

Como suelen hacerlo las peores visitas: en silencio, sin anunciarte, sin dar tiempo a preparar defensas ni despedidas. Te presentaste un día cualquiera, cuando todo parecía estar en su sitio, y decidiste quedarte. Desde entonces te conozco bien. Demasiado bien.

Te hablo como si fueras un viejo amigo, aunque ambos sabemos que no lo eres. Los amigos no arrebatan, no desgastan, no vacían las casas ni las miradas. Y aun así, aquí estás, acompañándome desde hace años, apareciendo una y otra vez en mi camino, recordándome de qué eres capaz.

Yo no hablo desde mi cuerpo, hablo desde la memoria.

Desde las personas que amé y que tú decidiste señalar.

La primera vez que te vi de frente fue cuando te llevaste a mi padre. Tenía solo sesenta y dos años. Era un hombre fuerte, trabajador, de los que parecen hechos para resistirlo todo. De manos curtidas y voluntad firme. De los que sostienen a los demás sin pedir nada a cambio.

Llegaste sin ruido. Un diagnóstico. Una palabra que pesa como una losa. Cáncer de páncreas.

Y a partir de ahí, seis meses. Solo seis meses te bastaron.

Seis meses para borrar una vida entera de esfuerzo.

Seis meses para ir apagándolo poco a poco.

Seis meses para convertir a un hombre fuerte en apenas un reflejo de lo que había sido.

Recuerdo cómo lo fuiste consumiendo día a día, con una paciencia cruel. Cómo cada mañana te llevabas algo más: la fuerza, el apetito, la voz, la mirada. Cuando murió, ya casi no quedaba rastro de aquel hombre que había sido. Y aun así, no te conformaste hasta llevártelo todo.

Después fuiste a por mi abuelo.

Cáncer de garganta.

Otra voz que apagaste.

Otra generación marcada por tu paso.

Pensé que ya habías hecho suficiente daño.

Pero contigo nunca es suficiente.

Tiempo después lo intentaste con mi madre.

Cáncer de mama.

El miedo volvió a aparecer, porque tu nombre nunca llega solo. Pero esta vez te encontraste con alguien que sabía luchar. Una mujer que había aprendido a resistir desde niña, en una infancia marcada por la postguerra, recogiendo lentejas del suelo, creciendo entre carencias y silencios.

Con ella no pudiste.

Lo intentaste, pero no te salió bien.

Mi madre te plantó cara con la serenidad de quien ya ha sobrevivido a otras batallas. Y perdió el miedo. Y ganó.

También pasaste cerca de nosotros con Matías, mi cuñado.

Cáncer de colon.

Cirugía, tratamiento, espera.

Pero esta vez tampoco ganaste. Salió bien. Y siguió adelante.

Y cuando empezábamos a pensar que tal vez, por fin, te habíamos vencido del todo, volviste a aparecer.

Te llevaste a mi suegro.

Durante casi diez años luchó contra una leucemia. Años de tratamientos, de recaídas, de esperas, de esperanza. Y llegó un momento en que pareció que, por fin, te habíamos derrotado. Remisión total. Vida recuperada. Alivio.

Pero tú tienes esa costumbre cruel: cuando creemos que ya no estás, regresas. Cambias de estrategia. Vuelves con otro nombre, con más fuerza. Y esta vez ya no pudo ganarte la partida.

Así aprendí que no solo atacas una vez.

Que sabes esperar.

Que sabes volver.

Y aun así, viejo amigo, hoy quiero decirte algo mirándote de frente.

Hasta ahora vas ganando, es cierto.

Son demasiadas las personas a las que has vencido.

Demasiadas las familias que has marcado para siempre.

Demasiadas las ausencias que has dejado atrás.

Aquí, hoy, hay personas que te conocen muy bien. Personas que están luchando contra ti ahora mismo. Personas que te llevan en el cuerpo o en el miedo, en la incertidumbre, en las noches largas. A todas ellas quiero hablarles a través de ti.

Disfruta mientras puedas.

Porque cada vez te cuesta más.

Cada vez tardas más en imponerte.

Cada vez son más los que no se rinden.

La ciencia avanza. La medicina aprende. La investigación no se detiene. Donde antes solo había oscuridad, ahora hay tratamientos, diagnósticos precoces, segundas oportunidades. Donde antes todo era silencio, hoy hay conocimiento, tecnología y personas dedicando su vida a entenderte para derrotarte.

Ya no eres invencible.

Ya no eres intocable.

Ya no caminas tan tranquilo.

Puede que sigas llevándote a algunos de los nuestros, y eso duele. Duele siempre. Pero también es verdad que cada vez te cuesta más hacerlo. Y quiero creer — necesito creer — que tu final está más cerca de lo que imaginas.

Que un día dejarás de ser una palabra pronunciada en voz baja.

Que un día hablaremos de ti como se habla de algo superado.

Que un día no tendrás a quién arrebatarte nada.

Hasta entonces, aquí estaremos.

Acompañando.

Investigando.

Luchando juntos.

Y recordando a quienes te llevaste, no desde el miedo, sino desde el amor. Porque ellos siguen vivos en nosotros. Porque no conseguiste borrar lo que fueron ni lo que significaron.

Así que escucha bien, viejo amigo.

No nos has vencido del todo.

Y no lo harás.

Porque mientras exista la esperanza, la ciencia y la voluntad de seguir adelante, tú nunca ganarás la última batalla.